

LAS CONSECUENCIAS DE LA REUNIFICACIÓN ALEMANA PARA MÉXICO

FRANCISCO GIL VILLEGAS

EL 3 DE OCTUBRE DE 1990 VOLVIÓ a aparecer en el mapa europeo una sola Alemania como consecuencia de la entrada en vigor del tratado de unificación firmado un mes antes. Tras la euforia dionisiaca desatada, Alemania aparecía en efecto como el primer y mejor laboratorio para explorar las posibilidades de integración, cooperación y complementariedad entre las dos Europas, a fin de realizar el ambicioso proyecto propuesto por Gorbachov desde 1987 para alcanzar una Europa unificada, una "casa común europea", que se extendiera desde el Atlántico hasta los Urales. Dentro de este proyecto, Alemania representaba el lugar idóneo para poner a prueba posibles formas de complementariedad y cooperación entre economías socialistas en bancarrota y afluentes y pujantes economías capitalistas, donde las últimas debían aportar capital, tecnología y capacitación administrativa en tanto que las primeras deberían cooperar con trabajo y recursos humanos. Alemania era también el lugar para experimentar las posibilidades de este ambicioso proyecto porque, al menos en principio, no sólo se intentaría integrar a las dos economías de punta de las dos Europas, sino también porque las afinidades culturales, idiomáticas y el sentimiento de un pasado histórico compartido constituirían elementos esenciales que funcionarían a favor del proyecto de integración europea.

Si todo salía bien, el "modelo alemán" serviría de ejemplo para tratar de llevar a cabo otros procesos de integración económica, aun cuando las condiciones no fueran tan favorables como en el caso de Alemania. En la Europa unificada del futuro, Alemania no sería tan sólo el modelo prototípico, ejemplar y pionero de las formas de integración entre las dos Europas, sino que también estaría destinada a desempeñar el papel de "pulmón económico y tecnológico" de todo el continente.

A pesar de éstas y muchas otras expectativas, para principios de 1991 toda una serie de consecuencias no planeadas empezaron a "desencantar", a quitarle la magia, a este proyecto de la tierra prometida.

La exagerada euforia que había rodeado al proceso de la unificación alemana durante 1990 pronto se vio sustituida por un pesimismo igualmente exagerado. No faltaban razones importantes para que surgiera este pesimismo pues los problemas técnicos y el costo económico y social de la unificación fueron mucho mayores de los inicialmente previstos. Por ejemplo, el costo de la unificación monetaria, que había entrado en vigor desde mediados de 1990, resultó ser mucho mayor que el planeado y pronto tuvo efectos negativos en la producción y el empleo de los cinco nuevos *Länder* orientales de la federación. A pesar de las grandes expectativas de una rápida reestructuración, la región oriental de Alemania ha sufrido dolorosos síntomas de depresión económica: industrias estancadas o en quiebra; 50% de desempleo en una fuerza laboral de ocho millones de personas como resultado de los primeros pasos para lograr una reconversión industrial; aumentos de impuestos sobre el ingreso y la gasolina a pesar de que el canciller Kohl había prometido en su campaña de 1990 que no habría “nuevos impuestos”; una gran lentitud en la llegada de los flujos de inversión a la región oriental y un enorme déficit presupuestal de 48 mil millones de dólares para toda la federación, anunciado por el ministro de Finanzas Theo Waigel a principios de 1991, produjeron una verdadera *Entzauberung der Welt*, para citar la célebre frase de Max Weber.

No obstante todas estas dificultades, lo más lógico y realista, tanto en la euforia de 1990 como en el pesimismo de 1991, hubiera sido esperar que el proceso de ajuste entre dos sistemas económicos, sociales y políticos tan diferentes como los de las dos Alemanias no era una cuestión que pudiera ser resuelta de la noche a la mañana. Para junio de 1991 los politólogos y economistas alemanes ya se encontraban claramente diferenciados en dos bandos en torno a estas cuestiones. Algunos de ellos responsabilizaban al gobierno de Kohl por haber ayudado a las “fuerzas destructivas” al introducir la economía de mercado en una sociedad que todavía no estaba preparada para ello, así como por haber acelerado ese “proceso de destrucción” con una unificación monetaria, la cual no respondía a una racionalidad económica propiamente dicha, sino más bien a la racionalidad estratégica de una campaña electoral coyuntural. Otros especialistas, tales como el grupo de asesores económicos del Commerzbank de Frankfurt, daban un diagnóstico más cauteloso al señalar que como toma cierto tiempo desarrollar una nueva base industrial competitiva, y debido a que esa transformación se ha visto obstaculizada por incertidumbres sobre el régimen de propiedad que finalmente se establecerá en los nuevos *Länder*, era necesario introducir alguna forma de dirección gubernamental en el proceso de la transformación económica de Alemania oriental, la cual

no tenía por qué ser incompatible con los principios de una economía de mercado, siempre y cuando se tomaran las precauciones necesarias para ello. Por otro lado, esos mismos economistas consideraban que, en función de la ayuda proporcionada por el gobierno federal, las inversiones privadas que ya estaban planeadas y la transición al sistema de mercado que ya habían logrado algunas empresas, podría esperarse una modesta pero clara recuperación del producto interno bruto de la región oriental de Alemania para fines de 1991, la cual se fortalecería durante 1992.¹

Los acontecimientos de los últimos meses de 1991 parecieron darle la razón a los cautelosos. Alemania oriental se encuentra en un proceso de transformación: hay nuevas fábricas, nuevas tiendas, nuevas carreteras. La famosa Treuhandanstalt, heredera de las compañías estatales de la antigua República Democrática Alemana (RDA), está teniendo un éxito notable en el proceso de privatización de la economía de Alemania oriental (se privatizan cien empresas por semana), a pesar de múltiples e inimaginables dificultades que ha tenido que sortear su dinámica y eficaz dirigente Brigit Breuel. La resistencia de los *Ossis*, o ciudadanos de los *Länder* ex socialistas, a consumir cualquier producto producido en el Este y a aceptar únicamente los productos provenientes de la parte occidental, aun cuando fueran más caros, empezó a ser superada. La distinción entre productos del Este y del Oeste deja de ser importante ya que algunos productos orientales se fabrican con la misma calidad de los occidentales. Cuando a nadie le importe ya la procedencia de los productos, la integración económica podrá considerarse un hecho.

El 9 de septiembre de 1991 Helmut Kohl pudo decir, por ello, que antes de cumplirse el primer aniversario de la plena incorporación de los *Länder* orientales a la federación, la recuperación ya se encontraba en camino. Frente a los panoramas catastróficos de mediados de 1991, el ministro de Economía Jürgen Möllemann podía afirmar también que la proyección del crecimiento económico de la región oriental de Alemania para 1992 sería de 10% y que ésa era una cifra "totalmente realista". Por lo pronto, la caída de la producción industrial parece haberse detenido, la inversión pública y privada está llegando lentamente pero con seguridad, la industria de la construcción está en plena expansión y la privatización llevada a cabo por la Treuhandanstalt está sorprendiendo a todos.²

¹ *The Economist*, 15 de junio de 1991, p. 60.

² "Privatising East Germany: A Long March from State Control", *The Economist*, 20 de septiembre de 1991, pp. 21-24.

Los logros alcanzados en tan sólo un año fueron notables. Una economía planificada se ha convertido en una economía de mercado en pleno funcionamiento. Pero esto se ha logrado por medio de altísimos costos económicos y sociales, y todavía quedan enormes problemas por resolver en el futuro. La ayuda masiva que el gobierno federal ha transferido de Occidente a Oriente ha producido trastornos políticos, reducido la tasa de crecimiento de la economía de Alemania occidental de 4.5% en 1990 a 3.4% en 1991,³ y producido un desequilibrio en su presupuesto, que no existía en 1989, pero que en 1991 es superior a 5% del producto nacional bruto. Por otro lado, se le está pidiendo a la Treuhandanstalt que haga demasiadas cosas a la vez, tales como privatizar las empresas (lo cual constituye de por sí una tarea titánica), reestructurarlas (tarea del mercado y no de los funcionarios públicos) y mantener el empleo (imposible en los múltiples casos de empresas dañadas a tal grado por la ineficiencia socialista que ya no sirven para nada).

A pesar de todas sus dificultades, Alemania tiende a cumplir la función de ser "el pulmón económico y tecnológico" del continente aun cuando eso no se consiga plenamente sino hasta dentro de cinco o seis años, cuando el potencial económico de sus dos regiones esté más o menos equilibrado. Por otro lado, en su calidad de laboratorio en condiciones idóneas, Alemania está ofreciendo ya grandes y valiosas enseñanzas para futuros procesos de cooperación y de integración económica tanto para el contexto europeo como para todo el mundo. Una de las lecciones más valiosas consiste en mostrar que las condiciones de ajuste y cooperación no se pueden crear de la noche a la mañana, ni se deben introducir abruptamente, porque siempre aparecen múltiples consecuencias no planeadas cuya resolución puede ser muy costosa en términos económicos y sociales.

El ejemplo de Alemania nos muestra el valor de la prudencia y la necesidad de operar con criterios "gradualistas", al mismo tiempo que enseña cómo no conviene fomentar expectativas desorbitadas con respecto a los resultados que producirán a corto plazo las modalidades de un proceso de cooperación económica. En el momento en que México se encuentra, en vísperas de firmar un tratado de libre comercio con Estados Unidos (TLC), conviene tomar en cuenta las lecciones de la experiencia alemana a pesar de todas las diferencias obvias entre estos dos procesos de cooperación económica. Un acuerdo de cooperación comercial es algo muy diferente a un proceso de integración económica, y las características económicas y sociales de Estados Unidos y México son muy diferentes a las de las dos Alemanias. Sin embargo, siempre

³ *The Economist*, 29 de noviembre de 1991, p. 73.

y cuando se guarden las proporciones necesarias, hay probabilidades objetivas de que algunos problemas que surgieron de la repentina unificación alemana pudieran reproducirse, con modalidades y atenuantes si se quiere, en el caso de las relaciones México-Estados Unidos.

El aplanamiento, absorción y desplazamiento que produce una economía grande y dinámica cuando se enfrenta a otra desproporcionadamente más pequeña y con menos recursos de capital y tecnología es una de las grandes lecciones de la experiencia alemana. Entre las empresas que la Treuhandanstalt se ha visto obligada a cerrar, se encuentran algunas que funcionaban más o menos bien, incluso con fama internacional, antes de que tuvieran que afrontar la mejor calidad y tecnología de la competencia aplanadora de Occidente: tal es el caso de las cámaras Praktica y los automóviles Wartburg. Podría pensarse en varios productos mexicanos que podrían sufrir semejante destino, en caso de que la competencia comercial no quedara regulada adecuadamente en el TLC.

El desplazamiento, hasta cierto punto incontrolado, de la fuerza de trabajo es otro de los grandes problemas que se presentaron en Alemania y que también podría surgir en el caso mexicano si no se toman las precauciones necesarias. En Alemania tal desplazamiento no se dio tan sólo en el sentido de una fuga de cerebros y del mejor personal calificado del Este hacia el Oeste, sino también en el sentido de que, ahora, buena parte de los empleos directivos y administrativos mejor pagados en el Este están en manos de los *Wessis*, es decir, gerentes y administradores que provienen de la parte occidental del país. El ejemplo más ilustrativo de esto se encuentra en la propia Treuhandanstalt donde se despidieron a 1 400 administradores orientales por incompetentes, y la mayoría de los puestos más altos fueron ocupados por 1 000 flamantes y recién llegados *Wessis* que han ido a enseñarles a los ciudadanos del Este los secretos de la administración de una economía capitalista. En México hay una larga tradición de capacitación administrativa y directiva de alta calidad, pero la experiencia histórica nos hace recordar que durante el Porfiriato los británicos, franceses y norteamericanos gozaron de privilegios especiales y ocuparon puestos de administración en la mayoría de las empresas establecidas en México.

Por último, hay también probabilidades objetivas de que si las cosas no se hacen con cuidado, una inundación de productos *Made in USA* podría producir el síndrome, observado ya en Alemania, de preferir el producto "importado" por el hecho de ser importado, independientemente de la calidad y del precio, acelerando así la quiebra de empresas e incluso industrias locales que hubieran podido ser viables de no presentarse tal síndrome. Este problema podría controlarse no sólo

por medio de una cuidadosa negociación del TLC, sino mediante una introducción gradual de los productos competitivos y una campaña de concientización para el consumidor local. En este renglón, una de las ventajas de México frente a Alemania consiste en que podrá planear la cooperación comercial con más tiempo y así hacer frente a consecuencias imprevistas.

Todo esto no implica de ningún modo una defensa del modelo económico, agotado en México, basado en el proteccionismo y la sustitución de importaciones. Por el contrario, la tendencia mundial es hacia la globalización de la economía y de los procesos de integración y cooperación comercial en gran escala. En este sentido, el gobierno del presidente Salinas de Gortari ha tomado las mejores decisiones posibles y ha logrado, hasta ahora, éxitos indudables y ejemplares en el manejo de la política económica del país. Pero esto no implica que no se puedan advertir los riesgos potenciales que puede generar la firma de un tratado de libre comercio con Estados Unidos si no se toman las precauciones necesarias y, para ello, la experiencia de la reunificación alemana ha llegado en un momento sumamente oportuno para resaltar esos riesgos y brindar ciertos elementos de experiencia a fin de evitar algunos de los mismos errores.

Por otro lado, en algunos aspectos, la política económica del gobierno de Salinas ya se había adelantado a varias de las medidas técnicas que tuvo que tomar Alemania después de la reunificación. La privatización de empresas paraestatales relativamente ineficientes se consideró ejemplar en otras partes del mundo y, a diferencia de la Treuhandanstalt, el gobierno mexicano contó con más tiempo y planeación para llevarla a cabo. Asimismo, en su segunda visita de trabajo a Alemania, a mediados de 1991, Salinas recibió el reconocimiento explícito de Heinrich Weiss, líder de la Confederación de Cámaras Industriales, quien lo exhortó "a convencer a los políticos [alemanes] para llevar a cabo una reforma fiscal como la lograda en México, así como una política de gasto gubernamental, con los resultados de saneamiento de las finanzas públicas tan admirados en Alemania".⁴

Otra de las consecuencias para México de la reunificación alemana es la que se refiere a la variación o la consolidación de las relaciones comerciales y financieras entre los dos países a partir de los acontecimientos del otoño de 1989 en Europa del Este. En efecto, la caída del muro de Berlín y la reunificación crearon entre los analistas y funcionarios públicos mexicanos una actitud pesimista con respecto al posible futuro de las relaciones comerciales de América Latina con Europa oc-

⁴ "CSG en Alemania", *Examen*, 27 de agosto de 1991, p. 36.

cidental en general, y de México con Alemania en particular, al considerar que toda la atención de recursos, capitales y comercio europeos se dirigiría preferentemente, a partir de entonces, a la reestructuración de Europa del Este. Pero para sorpresa de todos, en 1990 no sólo no disminuyeron los flujos de comercio e inversión provenientes de Alemania sino que, por el contrario, las cifras rebasaron las marcas más altas registradas en la historia del comercio germano-mexicano, y en el ámbito de la inversión extranjera directa (IED) en México, Alemania se colocó en el segundo lugar después de Estados Unidos, por encima de Gran Bretaña, Japón y Francia. Así, el comercio germanomexicano, que había tenido varios altibajos en la década de los ochenta, en 1990 registró la cifra récord de 2 400 millones de dólares.⁵

La consejera comercial de México en Bonn, en mayo de 1991, consideraba que la década de los noventa había llegado con impulsos renovados para el intercambio comercial bilateral entre México y Alemania pero que:

La unificación de Alemania tendrá mayores efectos en lo que dicho país importa, ya que, por lo pronto, los casi 17 millones de habitantes adicionales están consumiendo más que produciendo. Gran parte de la demanda adicional que se generó desde la apertura del muro el 9 de noviembre de 1989, y más significativamente desde la unificación económica, monetaria y social en julio de 1990, se está cubriendo mediante importaciones. Por ello, también se han abierto interesantes posibilidades comerciales para México.⁶

Por lo pronto, el comercio global (importaciones más exportaciones) entre México y Alemania creció 28.4% de diciembre de 1989 a diciembre de 1990, al pasar de 1 875.5 a 2 408 millones de dólares, y alcanzar así una cifra sin precedentes en el comercio bilateral entre los dos países. El saldo comercial, tradicionalmente negativo para México, pasó de 855.5 a 1 217 millones de dólares, lo que representó un incremento de 37.4 por ciento. Destacan los incrementos registrados en ese periodo en las compras alemanas de partes para automóviles provenientes de México, las cuales pasaron de 214 a 249.4 millones de dólares, es decir que aumentaron 16.5%. Las exportaciones mexicanas de petróleo crudo pasaron de 29.8 a 49.8 millones de dólares, lo cual representa un incremento de 67.1%, con un aumento de 81.4% en el vo-

⁵ Tamara K. de Zimmerman, "El comercio mexicano-alemán ante la unificación alemana", *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 5, mayo de 1991, p. 468.

⁶ *Ibid.*, p. 467.

lumen exportado. También aumentaron las exportaciones mexicanas de plástico y caucho sintéticos (103%), calzado de piel (62%), máquinas de escribir (37.5%), productos farmacéuticos (22%), tabaco crudo (60%) y miel (15%). En cambio disminuyeron sus exportaciones de café (52%), minerales de cinc (26%) y piedras y arenas silíceas (26%).⁷

En México aumentaron las importaciones provenientes de Alemania de partes para automóviles, productos electrónicos, maquinaria industrial, láminas de acero, leche en polvo y productos químicos, ópticos y farmacéuticos (véase el cuadro 1).

De esta forma, la unificación alemana ha abierto nuevas posibilidades para los productos mexicanos ya que no sólo se podrán aprovechar los espacios que dejó la República Democrática Alemana, sino que el segundo mercado del mundo, el de la República Federal de Alemania (RFA), creció en 17 millones de personas con lo que en el año de la unificación las importaciones alemanas aumentaron 26% en términos de dólares. Esto significa que en 1990 Alemania importó 65 500 millones de dólares más que en 1989, al elevarse sus compras de 245 200 a 310 700 millones de dólares. Por otro lado, los productos demandados por los alemanes a partir de la caída del muro y, en mayor medida, después de la unificación, son precisamente aquellos en los que México está mostrando ser competitivo. En efecto, ciertos productos como calzado, textiles y ropa, alimentos y materiales de construcción han sido los más dinámicos en las importaciones de Alemania. Las compras alemanas de frutas tropicales crecieron más de 65% en 1990; las de calzado más de 30%; las de textiles y ropa 45 por ciento.

Al mismo tiempo, los diversos proyectos alemanes de inversión y subcontratación en México, por ejemplo por parte de Volkswagen y Mercedes Benz, también fortalecerán el comercio bilateral. Por todo ello, la consejera comercial de México en Bonn ha podido afirmar que, a partir de la reunificación alemana:

Alemania es uno de los socios comerciales y económicos más importantes de México. Si se resta el petróleo de las ventas mexicanas al exterior y se considera el comercio global (importaciones más exportaciones), aquel país es el segundo por la importancia de su intercambio con el nuestro, aunque muy por debajo del lugar que ocupan los Estados Unidos.⁸

El presidente Salinas realizó una visita oficial a Alemania, del 29

⁷ *Ibid.*, p. 468.

⁸ *Ibid.*

CUADRO 1*

Evolución de los 15 principales grupos de productos exportados por la RFA a México, 1989-1990

	1989				1990				Variación porcentual	
	Volumen ¹	Valor ²		Participación en el valor total (%)	Volumen ¹	Valor ²		Participación en el valor total (%)	Marcos	Dólares
		Marcos	Dólares			Marcos	Dólares			
Partes para automóviles	—	526.4	279.9	20.0	—	488.3	303.7	17.0	-7.2	8.6
Otras máquinas	—	245.9	131.7	9.5	—	314.1	196.2	10.8	27.7	49.0
Productos electrotécnicos	—	299.6	159.3	11.5	—	306.1	190.2	10.5	22.0	19.5
Maquinaria para las industrias textil y del cuero	—	128.8	68.6	5.0	—	177.2	111.4	6.0	37.6	62.4
Leche en polvo	20.9	71.6	37.4	3.0	42.8	144.2	91.0	5.0	101.0	143.0
Otros productos de hierro	—	137.3	73.5	5.0	—	128.1	79.5	4.4	-6.7	8.0
Otros productos químicos semiterminados	—	123.7	65.7	5.0	—	116.2	71.3	4.0	-6.0	8.5
Productos farmacéuticos	—	116.2	61.8	4.0	—	110.2	67.7	4.0	-5.0	9.5
Láminas de acero	80.3	89.4	47.3	3.0	91.2	95.4	59.2	3.0	6.7	25.0
Productos ópticos y de mecánica fina	—	60.4	32.3	2.0	—	76.8	47.8	2.6	27.0	48.0
Maquinaria para las industrias del papel y editorial	—	32.8	17.5	1.3	—	65.6	40.9	2.2	100.0	134.0
Productos intermedios de acero	30.6	28.4	15.0	1.0	37.9	63.5	39.9	2.2	123.0	33.0
Máquinas, herramientas y plantas de laminación	—	56.4	30.0	2.0	—	64.4	39.8	2.2	14.0	33.0
Bombas y máquinas de aire de presión	—	48.6	25.9	1.8	—	61.7	38.6	2.1	27.0	49.0
Plásticos	—	53.4	28.4	2.0	—	59.0	36.5	2.0	10.5	28.5
Total	—	2 018.9	1074.3	77.9	—	2 912.3	1 413.2	78.0	12.5	32.0

¹ Miles de toneladas.² Millones.

* Elaborado por la Consejería Comercial de México en Bonn, con base en cifras de la Oficina Federal de Estadísticas, Wiesbaden.

de junio al 2 de julio de 1991, para afianzar los lazos comerciales y financieros con ese país. A fin de garantizar las posibilidades de cooperación en estos aspectos, durante su estancia en Bonn Salinas rechazó abierta y explícitamente la inclusión de México en un *bloque hermético*, abriendo espacios, con esa fórmula, a posibles flujos de inversión y a convenios extracontinentales.

Las negociaciones de la delegación mexicana en Alemania reportaron acuerdos en más de 20 convenios y, al concluir la visita oficial a Alemania el 2 de julio, el secretario mexicano de Comercio y Fomento Industrial, Jaime Serra Puche, anunció que, como resultado de esos convenios, el monto global del aumento de las inversiones alemanas en México ascendería a 3 000 millones de dólares en proyectos de empresas que no sólo demandarían mano de obra mexicana sino también diversos insumos hechos en México. Entre los convenios firmados más importantes se encuentran el de una inversión por más de 800 millones de dólares para ampliar las instalaciones de Volkswagen en Puebla; la canalización de recursos de la empresa Hoechst, socia de Celanese Mexicana, cercanos a 800 millones de dólares para una planta petroquímica; la inversión de 350 millones de dólares del proyecto Robinson para los centros turísticos de Cancún y Huatulco; la canalización de 300 millones de dólares para la construcción de un centro de servicios y turismo, "Europlaza", que estará ubicado en el Paseo de la Reforma, en el Distrito Federal; un crédito otorgado a Banobras por 110 millones de dólares para financiar la construcción de la segunda línea del tren ligero de Guadalajara y los proyectos de inversión de Mercedes Benz.⁹ La inversión programada por Mercedes Benz se divide en tres proyectos diferentes: uno destinado a aumentar la producción de camiones, otro para la fabricación de camiones ligeros y el tercero para iniciar la fabricación de automóviles en México. El monto de esta inversión ascenderá a más de 320 millones de dólares, y será la primera ocasión en que esa empresa fabrique sus automóviles fuera de Alemania.¹⁰

Con este monto de inversiones, sin duda Alemania se consolidará en la década de los noventa en el segundo lugar entre los países con IED en México, por abajo de Estados Unidos pero claramente por encima de Gran Bretaña, Francia, Japón y Suiza.

Las razones del éxito en las negociaciones de los acuerdos de inversión firmados entre México y Alemania en 1991 se reflejan en el discurso que el presidente de Volkswagen, Carl Hahn, pronunció con motivo de la visita del presidente Salinas a la planta matriz de

⁹ *UnomásUno*, 3 de julio de 1991, pp. 1 y 21.

¹⁰ *Ibid.*, p. 21.

Wolfsburg el 1 de julio de 1991. Según el señor Hahn, la decisión de Volkswagen de aumentar sus inversiones en México obedece al atractivo que ofrece la apertura de la economía mexicana y a la estabilidad política que se ha consolidado durante la gestión de Salinas. Esa declaración puede interpretarse como simple protocolo, pero Herr Hahn no iba a dejar pasar la ocasión para confesar también los intereses estrictamente económicos que persigue su eficaz empresa, al indicar que pretende convertirse en el principal proveedor del mercado estadounidense desde su planta en México, la cual producía, hasta 1990, 193 000 unidades al año, pero que se estima que en 1993 podrá alcanzar la cifra de 334 000. Para no dejar la gracia del protocolo a un lado, Herr Hahn le mencionó al presidente Salinas que la primera inversión de Volkswagen en México fue promovida en 1962 por don Raúl Salinas Lozano, en ese entonces secretario de Industria y Comercio del gobierno de Adolfo López Mateos, con lo cual se podría interpretar que la gran inversión que se acaba de aprobar para destinarla a México adquiriría la categoría de ser una especie de "privilegio dinástico".¹¹

De cualquier modo, en 1990 Alemania ocupó el segundo lugar de la IED en México al alcanzar la cifra de 288.2 millones de dólares frente a 181 millones de Francia, 148 millones de Suiza, 120.8 millones de Japón y 114.4 millones de Gran Bretaña. Aunque este último país tuvo el segundo lugar de IED en México en 1987 y en 1988, la RFA logró rebasarla en 1989, se consolidó en 1990 y las cifras de diciembre de 1991 la confirmaron en ese puesto, por encima de Francia, Gran Bretaña y Japón, al empezar a llegar los capitales de los convenios firmados en julio de 1991. En el saldo histórico de la IED en México, Alemania también ocupa el segundo lugar, seguido no muy de cerca por Gran Bretaña, Japón, Francia y Suiza. El primer lugar, bajo cualquier criterio, lo tiene Estados Unidos *über alles*, pero hasta el momento, Alemania y los países de la Comunidad Europea constituyen la mejor alternativa para mantener algún grado de diversificación en las relaciones económicas internacionales de México. Si al iniciarse la gestión de Salinas las posibilidades de diversificación parecían situar a México "entre el Atlántico y el Pacífico",¹² la tendencia actual apunta claramente a favorecer la opción atlántica, a pesar de las vertiginosas

¹¹ Véase el "Boletín de Prensa" núm. 637, fechado en Wolfsburg, RFA, el 2 de julio de 1991, Dirección General de Comunicación Social de la Presidencia de la República.

¹² Véase Francisco Gil Villegas, "Opciones de política exterior: México entre el Pacífico y el Atlántico", *Foro Internacional*, núm. 114, octubre-diciembre, 1988, pp. 263-288.

transformaciones que experimentó Europa del Este a partir del otoño de 1989.

Estas cifras permiten así identificar la gran importancia que representa Alemania como interlocutor económico, comercial y financiero para México. Pero la reunificación alemana puede asimismo tener consecuencias no estrictamente económicas para México y el mundo. Y por ello conviene abordar también algunos aspectos sociales, políticos y culturales que hacen de Alemania un interlocutor muy importante para México.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial en 1945, el economista liberal Wilhelm Röpke definió *Die deutsche Frage* como la necesidad de “proteger a Europa contra Alemania y a Alemania contra sí misma”. El sorprendente y repentino surgimiento de grupos neonazis en Alemania oriental —algunos de los cuales afirman que Silesia les pertenece y que por lo tanto la línea Oder-Neisse no es la última palabra en la delimitación de la frontera germano-polaca— así como la xenofobia y agresión de que han sido víctimas múltiples extranjeros contribuyeron a apoyar la visión de varios países que han temido un posible “revanchismo alemán”, a pesar de todos los intentos oficiales y no oficiales de la parte occidental por tranquilizar los ánimos, al afirmar estar avergonzados por esas manifestaciones xenofóbicas y autoritarias de triste memoria para la historia alemana, al mismo tiempo que se señala que los grupos responsables de tan lamentables acontecimientos son minoritarios y que no tienen grandes posibilidades de extenderse. Un vocero del partido Unión Cristiano Demócrata (siglas en alemán: CDU) reconoció a mediados del año pasado que el neonazismo siempre existió en la antigua RDA, pero de manera velada y subterránea. Con la reunificación y las posibilidades de expresarse en una “sociedad abierta” ese movimiento resurgió, pues al desaparecer el aparato represor totalitario diversas fuerzas sociales con resentimientos de muchos años aprovecharon la libertad recién adquirida para manifestar posiciones extremas.

Entretanto, los elementos de seguridad parecen no darse abasto ante la demanda de protección de diversos ciudadanos, quienes en varias ocasiones han llegado a sugerir que la policía resulta sospechosa de complicidad por omisión ante los acontecimientos agresivos. Eckart Wertebach, presidente de la Oficina de Protección a la Ciudadanía afirmaba, también a mediados de 1991, que aunque el problema es grave, no debe exagerarse porque los grupos neonazis son minoritarios. A fines de 1990 se hablaba de un pequeño grupo de 1 500 neonazis organizados y de un total de 15 000 simpatizantes de extrema derecha. Pero sociólogos independientes calculan que en la ex RDA hay

hasta 50 000 jóvenes simpatizantes. La mayoría de ellos manifiesta una gran ignorancia con respecto a lo que realmente fue el fenómeno histórico del nazismo, pero lo más grave es que han empezado a surgir también entre el público cultivado manifestaciones “razonadas” de la necesidad de llevar a cabo la “auténtica misión” del pueblo alemán. Así, el 18 de noviembre de 1991, la revista *Der Spiegel* hace una reseña crítica de *Deutschland, was nun?*, obra del historiador Arnulf Baring, quien propone una búsqueda romántica para redescubrir las raíces propias de “nuestra existencia en su profundidad”. Se trata de un regreso a casa (*ein Heimkehr*) para recuperar sitios de Europa impregnados de la “modélica” cultura alemana. Al referirse a la frontera germano-polaca, Baring se inclina por un espacio sin límites: “Ni los polacos ni los alemanes pueden o deben olvidar la magnitud en que estos espacios están impregnados de germanismo”.

En toda Europa oriental —continúa el “romántico” historiador— Alemania ha pasado de ser una figura temible a un modelo maravilloso. Si se dejara libres a los polacos, la gran mayoría de ellos buscaría integrarse a la República Federal (“würden sie der Bundesrepublik anschliessen”). Por todo ello, la reseña de *Der Spiegel* concluye con la reflexión de que si se va a permitir que la nueva historia alemana se escriba con este tipo de teorías, puede esperarse desde ahora la próxima contienda violenta de los historiadores.¹³

La situación general resulta ser entonces muy grave, no sólo porque se pueda venir otra polémica de historiadores, sino porque las manifestaciones extremistas de diverso tipo, neonazis o románticamente chauvinistas, comprometen la posición de Alemania en el mundo.

Ante estos problemas inquietantes, conviene poner de manifiesto que la vocación plural, cosmopolita y tolerante de muchos otros alemanes se ha expresado, afortunadamente, con gran fuerza tanto en declaraciones oficiales como en importantes demostraciones de la sociedad civil que van desde los artículos de Jürgen Habermas y Günther Grass, pasando por manifestaciones masivas contra el nazismo y a favor de los extranjeros, hasta llegar a pancartas curiosas como la sostenida por un grupo de alemanes en una manifestación, la cual decía: “Liebe Ausländer, bitte lasst uns mit diesen Deutschen nicht alleine!”¹⁴

La tradición pluralista y tolerante de los alemanes, según el filósofo Isaiah Berlin, tiene raíces muy fuertes y profundas y se remonta, en

¹³ *Der Spiegel*, 18 de noviembre de 1991, pp. 59-65.

¹⁴ “Queridos extranjeros, ¡por favor no nos dejen solos con todos estos alemanes!” *Ibid.*, p. 117.

la era moderna, por lo menos a la concepción muy especial del nacionalismo que tenía Johann Gottfried Herder, quien deseaba la autodeterminación cultural, pero justamente para mantener la *pluralidad* de las culturas. Para Herder las culturas son incomensurables, ninguna puede estar por encima de otra, no hay culturas ni pueblos elegidos y la pluralidad de las culturas es irreductible.¹⁵ Quizá, después de todo, éstas sean las bases para poder confiar en la vocación cosmopolita de Alemania. Su futuro se encuentra en la afirmación de su proyección internacional y no en la del modelo, cada vez más agotado, del Estado-nación el cual, como entidad política, está siendo rebasado no sólo por las fuerzas económicas y sociales contemporáneas, sino también por las nuevas tendencias culturales del planeta que apuntan hacia el establecimiento de sociedades abiertas.

En su discurso al recibir el premio Carlomagno de Aquisgrán, el ex canciller de Relaciones Exteriores de Hungría, Gyula Horn, responsable de abrir las fronteras de su país en septiembre de 1989 para permitir el libre flujo de alemanes orientales por territorio húngaro, describía así las expectativas de su país con respecto al papel que le tocará desempeñar a Alemania en el próximo siglo:

Estoy convencido que la Alemania unida acelerará los procesos de integración paneuropeos, fomentando el acercamiento al Occidente de los países de Europa central y oriental. Por esta razón la unificación alemana corresponde a nuestros intereses. Estoy seguro que la Alemania unificada y democrática es un factor fundamental para la creación de una Europa unificada.

Es posible compartir desde México este tipo de esperanzas con respecto al sentido y las futuras consecuencias de la reunificación alemana. La plena magnitud de los cambios gestados en 1989 no se podrá ver sino hasta dentro de varias décadas. En lo referente a las implicaciones y consecuencias a largo plazo de la reunificación alemana, vale la pena recordar que cuando se le pidió a Mao Tse-Tung que describiera las implicaciones y consecuencias de la revolución francesa de 1789 respondió: "Es todavía demasiado pronto para decir algo". Sin embargo, también conviene confiar en que la vocación pluralista, cosmopolita, tolerante y creativa manifestada por Alemania en diversos ámbitos de su cultura filosófica, histórica, literaria, musical y política sea la que acabe predominando en su irradiación hacia el mundo, y

¹⁵ Véase I. Berlin, "Nationalism Good and Bad", *The New York Review of Books*, 26 de noviembre de 1991, pp. 19-23.

que a México le siga tocando la generosa proporción de radiaciones espirituales que desde la época de Alexander von Humboldt han privilegiado a la nación mexicana.

COMENTARIO

El profesor Gil Villegas ha hecho un provocador recuento de la reunificación alemana y sus consecuencias para México. En este comentario me centraré en algunos de los temas que se desprenden de su ponencia y que considero debieran ser estudiados con mayor detalle en el futuro, quizá en este Centro de Estudios Internacionales que está particularmente bien capacitado para emprender el análisis multidisciplinario que estos trabajos requieren. Siguiendo la estructura de la ponencia, inicio con algunas reflexiones en torno a la evolución del intercambio económico entre ambos países, para después pasar a las enseñanzas que la reunificación alemana tiene para México a la luz de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLC).

Como señala el profesor Gil Villegas, Alemania se puede considerar como el segundo socio comercial de México. El mismo lugar guarda actualmente con respecto a la inversión extranjera en México. Pero el peso que este intercambio económico pueda tener en el futuro frente al masivo intercambio con Estados Unidos (o en el intercambio económico de Alemania frente al resto de Europa) dependerá de cuándo y cómo se firme el TLC con Estados Unidos y Canadá y de la evolución de los acontecimientos en Europa.

Por ello considero que se debe poner más énfasis en que la reunificación alemana se da, como lo señaló ya el profesor Manfred Mols, como parte de una transformación de primera importancia del sistema internacional y cuando nuestro país está llevando a cabo una transformación radical en el modelo de desarrollo que siguió durante varias décadas. La privatización, la desregulación y la liberalización comercial, incluidas las negociaciones de un tratado de libre comercio, abren nuevas oportunidades de inversión y comercio, aunque también cierran otras. Si bien es válido subrayar, como lo hace el profesor Gil Villegas, que la reunificación alemana y el derrumbe del socialismo no han llevado a Alemania a olvidar por completo a otras regiones del mundo, y en particular a México, también es cierto que los cambios que ocurren en nuestro país, de no haberse dado las transformaciones en Europa, hubieran sido mucho más relevantes. Pensar que las firmas alemanas con una visión de largo plazo iban a volcar todas sus energías

en Europa era, como se está demostrando, no reconocer la lógica misma del crecimiento económico contemporáneo, donde la globalización es un requerimiento ineludible de toda empresa grande. Pero también hay que subrayar que el capital es obviamente finito, y que el creciente número de países emergentes, y la competencia entre ellos, significa un menor flujo de recursos para cada uno de ellos. México ha sido, hasta ahora, capaz de competir favorablemente con los países de Europa del Este, pero en ausencia de estos países estaría, creo yo, en una situación más atractiva para la inversión extranjera.

Pienso, por ello, que sería muy interesante evaluar con detalle —lo cual está, sin embargo, fuera de las posibilidades de este comentario— qué perspectivas abren en el mediano plazo para el intercambio económico entre México y Alemania tanto los cambios en Europa como aquellos que se están dando en nuestro continente. ¿Qué tanto se puede impulsar un mayor intercambio entre ambos países? ¿Qué tanto existen límites estructurales a este intercambio por la situación económica e incluso geográfica de Alemania y México?

Tanto México como Alemania, y prueba de ello es, me parece, esta reunión, están haciendo un esfuerzo explícito por incrementar los intercambios económicos con aquellas regiones que no son parte de sus respectivas fortalezas. Lo más fácil y cómodo en el corto plazo es dejar que el peso de estas fortalezas nos domine. Sin embargo, es claro para los principales actores del proceso —los gobiernos y las empresas de los dos países— que una estrategia como ésta será muy costosa en el futuro.

El último viaje del presidente Salinas a Europa es una muestra de que existe la voluntad política para buscar fórmulas que permitan incrementar el intercambio económico y hacer a México más atractivo para los inversionistas alemanes. El viaje del presidente mexicano ayudó en alguna medida a concretar proyectos como el de Volkswagen y el de Mercedes Benz, ya mencionados por el profesor Gil Villegas.

Ahora bien, el éxito de estos esfuerzos, y el interés de otras firmas alemanas en incrementar su presencia en México, dependerá de las formas específicas en que se negocie el TLC. Como es bien sabido, la economía mexicana ha vivido en las últimas décadas una creciente integración económica con la economía de Estados Unidos. El proyecto del TLC no es más que la culminación de un proceso que se dio incluso antes de la liberalización comercial emprendida por México en 1985. El mercado tiene una dinámica propia que los cambios institucionales no hacen más que frenar o acelerar. Si el TLC discrimina en exceso en contra de los productores de fuera de la región —con reglas de origen de 70%, por ejemplo, en el caso del sector automotriz, de central im-

portancia para el comercio y la inversión alemana en México, como piden las armadoras de Estados Unidos—, se encarecerá el costo de invertir en México para las empresas de fuera de la región y se elevará la ya de por sí alta concentración del comercio en inversión foránea de Estados Unidos en México. Reglas de origen más bajas tendrían el efecto opuesto. Así ha sido expresado de hecho por funcionarios de Mercedes Benz, quienes han señalado que reglas de origen muy elevadas los llevarían a replantear su proyecto de inversión en México.

En este sentido el TLC, si bien puede generar incentivos para que empresas alemanas con miras al mercado de Estados Unidos inviertan en México, puede imponer barreras demasiado altas a dicha inversión. Qué tan capaz sea el gobierno mexicano de negociar un TLC más propicio para la inversión extrarregional afectará de manera significativa los flujos de inversión y comercio entre México y Alemania. Como ya lo señaló el profesor Mols, América Latina tiene un lugar poco importante en las prioridades alemanas. De lo único que se trata, desde la perspectiva alemana en estos momentos, es de mantener la presencia que se ha tenido en el subcontinente. Sin embargo, dada la elevada prioridad de Estados Unidos para la estrategia global alemana, es en función de este país que México se puede volver más importante, y ello dependerá en buena medida de qué suceda con el TLC.

Me he centrado en el proceso mexicano de integración con Estados Unidos y en su repercusión sobre los flujos comerciales y de inversión pues dado el momento en que nos encontramos, es decir antes de la firma del TLC, esa repercusión es más evidente; pero de igual forma estos flujos se verán afectados por cómo se resuelvan los dilemas que plantea la nueva Europa y la nueva Alemania, así como por la evolución de la relación comercial entre Europa y Estados Unidos (por ejemplo el resultado de las negociaciones dentro del GATT). Para el comercio de México con Alemania es de central importancia que la Comunidad Europea no le otorgue aranceles preferenciales a aquellos países de Europa del Este que más directamente compiten con las exportaciones mexicanas.

Pasaré ahora a reflexionar sobre algunas de las enseñanzas que el proceso de reunificación alemana y la integración de la Comunidad Europea pueden tener para México.

Uno de los puntos menos discutidos en México, y que el trabajo del profesor Gil Villegas desafortunadamente tampoco trata, es el ejemplo que la reunificación alemana en particular y la integración de la Comunidad Europea en general nos debieran dar sobre el papel que tiene la ayuda de las regiones más ricas a las más pobres en un proceso de integración. En el proyecto del TLC no se ha dado, hasta donde yo conoz-

co, una discusión sobre fondos de ayuda a las regiones más pobres.

Estos fondos obedecen, en el caso europeo, no sólo a razones de justicia, sino también al hecho de que la integración, contra lo que se argumenta normalmente en México, puede tener un impacto negativo en las regiones más pobres. Muchas empresas tienen el incentivo de desplazarse hacia las zonas donde se concentran sus mercados, es decir, a las regiones más ricas. Los ahorros en transporte y la presencia de una infraestructura más desarrollada en estas regiones compensan con creces los mayores salarios. Estos fondos permiten resarcir a los perdedores del tratado y de hecho hacen posible que la integración se lleve a cabo, pues en sociedades políticamente más desarrolladas que las nuestras es más difícil imponerle costos a ciertos sectores de la sociedad.

Sería de especial utilidad analizar cómo la integración ha afectado las regiones más pobres y si estos fondos han tenido un efecto positivo o no. También sería útil tratar de estudiar las razones ideológicas —como la menor preocupación que la desigualdad produce en Estados Unidos y México en comparación con Europa— y aquéllas de índole geopolítica —como la concentración en un solo país, el nuestro, de las zonas menos desarrolladas— que han dejado fuera del debate la creación de este tipo de ayuda. Para que el TLC tenga un papel integrador no sólo económico sino también social es de vital importancia poner más atención en este tipo de problemas.

Ahora bien, incluso con mecanismos de protección para las regiones más pobres, otra de las enseñanzas del caso alemán, como lo señala el profesor Gil Villegas en su ponencia, es que cualquier proceso de integración cobra víctimas, incluso en la privilegiada situación alemana. En el caso alemán, pasada la borrachera había que pagar la factura que implicaba la integración de dos economías tan desiguales. Las primeras víctimas fueron los millones de desempleados de la antigua Alemania del Este. Consecuencia no esperada de este desempleo, mayor de lo previsto, y de la mayor libertad política en la antigua Alemania del Este, ha sido el fortalecimiento de grupos neonazis que vuelcan su ira en contra de los extranjeros, percibidos como causantes de su desempleo.

Sin caer en exageraciones, pues las marchas contra el racismo que tuvieron lugar después muestran que sectores importantes de la sociedad alemana repudian esta actitud, lo cierto es que la aparición de estos grupos neonazis reintroduce al debate contemporáneo el problema del racismo y la necesidad de desarrollar mecanismos políticos que permitan aislar los efectos negativos de estos movimientos. Para México, además de los puntos señalados por Gil Villegas, entender el fenómeno del racismo es de especial importancia por el surgimiento de grupos racistas antimexicanos en Estados Unidos.

La mayor integración económica mundial lleva necesariamente a mayores flujos de trabajadores, que pueden tener consecuencias insospechadas en los sistemas políticos de los países que avanzan con mayor rapidez en la eliminación de las barreras económicas. La gran diferencia cultural y social entre México y Estados Unidos, a pesar de que se trata de un proceso de integración con muchas más barreras legales (no se contempla, por ejemplo, una legalización de los flujos de trabajadores mexicanos a Estados Unidos en el mediano plazo), puede llevar también a fortalecer movimientos políticos racistas. Por las características del proceso de integración —muy distinto al del caso alemán, pues la economía mexicana ya ha estado compitiendo con la de Estados Unidos y en una primera instancia lo que se prevé es cierto aumento del empleo en México— así como por las formas de organización política en Estados Unidos y México, es de suponer que los mayores brotes de inconformidad se den en Estados Unidos.

Estos brotes de inconformidad, cuando han tomado un carácter racista, son particularmente alarmantes, pues a diferencia del caso alemán, se dirigen contra los miembros de una de las naciones del proyecto del tratado, no contra los originarios de países externos al proyecto de integración. Si la crisis de la economía de Estados Unidos persiste, estas manifestaciones racistas se pueden incrementar y hacer mucho más difícil el proceso de integración. Aun si la crisis aminora, la firma del TLC implicará, sin duda, importantes cambios en los flujos de inversión, que afectarán a grupos en ambos lados. Evitar que los perdedores amenacen la pluralidad y tolerancia de cada una de las dos sociedades es un reto de singular importancia para los firmantes del TLC, al igual que para los países europeos.

Quisiera tratar un último punto con respecto a lo que nos puede enseñar la experiencia alemana. El profesor Gil Villegas se inclina a pensar, como los economistas alemanes más optimistas, que en un periodo relativamente corto Alemania habrá logrado incorporar satisfactoriamente a la antigua Alemania del Este. Yo comparto este optimismo. El éxito alemán debiera llevar a incrementar el interés de los estudiosos mexicanos por las peculiaridades de la organización alemana que ya han hecho posible el llamado milagro alemán de la posguerra y están, me parece, cerca de lograr un segundo milagro, es decir, la integración más o menos rápida de la antigua Alemania del Este. En estos momentos, en que predomina en México el discurso neoliberal estadounidense e inglés (y digo el discurso porque elementos fundamentales del éxito mexicano se encuentran en mecanismos muy distantes al neoliberalismo, como los sucesivos pactos para estabilizar la economía mexicana), estudiar cómo el liberalismo económico se ha expre-

sado en Alemania y qué mecanismos políticos han permitido la negociación entre los distintos sectores sociales puede ser una enseñanza muy provechosa para un México seducido por el discurso neoliberal angloamericano, pero con una realidad social muy distinta.

Espero, al menos, haber sugerido preguntas interesantes para futuras investigaciones. La reunificación alemana es uno de los sucesos más trascendentes de la posguerra. En buena medida termina con el orden que se construyó después de la Segunda Guerra Mundial. Terminada la Guerra Fría, el conflicto se desplaza hacia el ámbito económico. Sin Guerra Fría, la posición de México y Alemania cambia significativamente, aunque por razones bien distintas. A pesar de lo modesto de su intercambio comercial, éste puede servir de puente entre dos de los grandes bloques comerciales que se están formando actualmente, por lo que es conveniente hacer un esfuerzo por maximizar el potencial de este intercambio.

Por otro lado, aunque las diferencias entre los procesos de integración económica de ambos países son muy grandes, México tiene mucho que aprender de Alemania. Por su parte, Alemania también puede aprender de la experiencia de integración entre Estados Unidos y México, en particular en el caso de su relación con los países más atrasados y poblados de Europa del Este, con Turquía y con países del norte de África.

CARLOS ELIZONDO